

## **Cuentos de inmigrantes, de Martín de Ugalde**

Cecilia G. de Guilarte

*La Voz de España*, 1979-05-06: 12.

Hace ya muchos años, más de diez y más de doce, me llegó desde Venezuela un libro de cuentos, el más acabado y redondo género literario, en el que Martín de Ugalde es maestro, titulado "Las manos grandes de la niebla". Un libro con el que me resultaba fácil hacer contacto, incluso con el propósito del autor, que los declaraba "escritos para comprender a Venezuela". Ya éramos muchos los que al darnos de frente con el mundo ajeno que de entrada nos parecía América, habíamos sentido la urgencia de comprender para no vivir en el aire ni al margen. Y empezamos por ahí, por el cogollo virgen del mundo indígena, por la pura raíz de unos pueblos que ya, en sus grandes ciudades, en su vida de relación y en su cultura pregonada, se parecían tanto a los nuestros. Pueblos que en su andadura acelerada y en su afán de progreso e integración, habían dejado a la espalda el mundo derrotado del indio convertido en lastre, del que no sabían ni cómo integrar ni cómo desprenderse.

Muchos de nosotros, que veníamos de la derrota y el desastre, lo tomamos. Descubrimos que era un mundo fascinante y muy amargo, también muy dulcemente resignado a la hora en cruz del abandono, a la espera sólo de una buena y digna muerte. Martín de Ugalde los tomó así, se fue por su huella geografía adelante, se abrió paso entre la niebla y por la arena, los buscó entre la sal, el barro y el asfalto, entre la madera, la perla, el aceite y el cemento; de todo eso salieron sus cuentos "para comprender" y comprendió, nos enseñó el camino. Pero para entonces yo sabía, por experiencia, que no es fácil abandonar, que a veces los pájaros se comen las migas de pan; porque el mundo del indio no es sólo una larga herida y una oscura resignación, sino también, para el escritor, todo un estilo y un condicionamiento, una entrega. Un cuero presente de poesía entrañado en el paisaje, un lenguaje y sobre todo un silencio. Un gran acerico de terciopelo granate en el que las palabras, viniendo desde muy atrás en el tiempo, se clavan como agujas enhebradas...

Y como Martín de Ugalde me decía entonces que pensaba volver, se lo dije desde aquí mismo: que sería un arrancamiento y una condena a la nostalgia. Y que, acaso, se volvería estreñido de la cabeza... Fue sin duda un ramalazo de pánico y muy sobrepasado, me lo advirtió entonces José de Arceche y pensé que no tenía por qué saberlo; pero él tenía razón, porque a Martín de Ugalde no le ha pasado... Tal vez porque sin enterarse la mano derecha de lo que la izquierda hacía, nunca rompió el lazo, la dolorida raíz por la que le llegaba el aliento, la voz chiquita y tensa de ausencia de su propia tierra. Así que vino, y como si nunca se hubiera ido.

Pero vuelve allá de tiempo en tiempo. Vuelve como ahora en que nos ofrece este libro "Cuentos de inmigrantes" publicado por Ediciones Vascas Argitaletxea, en el que se recogen una serie de cuentos con los que Martín de Ugalde, siempre para comprender,

nos ofrece como desde lo alto de un andamio una panorámica de vivir en vilo de los emigrantes: húngaros, españoles o italianos, hacedores innominados desdibujados en la grisura y casi perdida la identidad, agachados acarreadores de piedras en el piramidal crecimiento de la moderna Venezuela. Y aquí tenemos otro estilo, mejor otra faceta del mismo estilo tan personal del gran escritor que es Martín de Ugalde, y sobre todo, el hombre que es, desdeñoso de rebuscadas arquitecturas sin cimientos, alucinaciones metafóricas o vacíos juegos de palabras. No pretende enseñarnos nada ni lucirse, sólo comprender... La gran tarea del hombre, y la más olvidada, a beneficio de la delirante pretensión de darlo todo por comprendido.

Para comprender verdaderamente en "Cuentos de inmigrantes" Martín de Ugalde no se duele de nada, de nadie, ni de sí mismo. Rompe la costra a martillazos casi feroces y hurga en busca del latido intermitente de la casi desmayada identidad del hombre, del emigrante que en algún momento ha creído que, en un mundo tan ancho, forzosamente tenía que haber un lugar para él. Pero ya nos lo habían dicho; que "el mundo es ancho y ajeno". Cualquier mundo es ajeno para estos pobres del libro de Martín de Ugalde:

Para el Giuseppe de "Un real de sueño sobre un andamio" el simple hecho de mirar constituye una horrenda premonición, casi un desmayo. A dos años de América "ararse a cincuenta metros de altura sobre un andamio" es todo lo conseguido... Y el recuerdo obsesionante de Camilo que, como dicen, se cayó por asomarse. Lo vio bajar "como un muñeco de trapo, pasando uno a uno, en un decir Ah, los metros que tardó meses y meses en poner de pie". Como el viejo Anastase Santos que dormía la guardia del patrón para ahorrarse lo de la cama y redondear la paga mezquina y regoteada, recordando, soñando a Komorsky, que dormido movió los mandos y se fue para el barranco con todo y todo... Que es lo que al fin le ocurriría al viejo Anastase, cuando ya le mordía la gana de volverse a su tierra, en el relato de "La semilla vieja". O el drama inmedible de Janos, el universitario húngaro con su mujer fea y todo, patética "haciendo la calle" mientras él veía el sueño de los niños. Ellos simplemente ha equivocado el rumbo: "Tú sabes que yo, si me sacan de mis libros, no sirvo. En Alemania puedo defenderme, conozco la lengua, tengo amigos..." Sí pero esto ya ¿cómo lo borran? Ya ni llorar es bueno en "La luz se apaga al amanecer". Para todo es tarde en estas instantáneas vivenciales de Martín de Ugalde. "Hay caminos derechos que no llevan a ninguna parte". Parece no tener sentido, pero ocurre. Secamente, dura y amargamente, estas gentes de la orilla, estos emigrantes de Venezuela, como todos, se lo han hecho comprender a Martín de Ugalde. Y a nosotros, si queremos...